

RETAZOS DE LA HISTORIA DEL INSTITUTO «GOYA»  
DE ZARAGOZA A TRAVÉS DE LOS RECUERDOS  
DE SUS ANTIGUOS ALUMNOS<sup>1</sup>  
(MESA REDONDA)

CARLOS FORCADELL (moderador),  
FERNANDO SOLSONA, AGUSTÍN UBIETO, FRANCISCO POLO, JOSÉ ANTONIO GÁMEZ

La mesa redonda comenzó con una breve presentación a cargo de Carlos Forcadell, presidente de la Institución «Fernando el Católico» y catedrático de Historia Contemporánea. En ella, se señalaba cómo a través de los cuatro ex-alumnos que iban a participar quedaban recogidos «40 años de memoria o de experiencias de enseñanza en el Instituto “Goya”, desde el primer franquismo hasta los inicios de la democracia. Entre los temas que propuso abordar estuvo el papel de la enseñanza pública durante la dictadura y la transición; la configuración de identidades escolares diferenciadas (ser alumno del «Goya» implicaba una forma de ser) o la alta capacidad de formación de su profesorado. Tras ello, dio paso al primer testimonio de Fernando Solsona.

FERNANDO SOLSONA (catedrático de Radiología y Medicina Física, escritor y presidente del Ateneo de Zaragoza):

Tras relatar su paso por los escolapios, el doctor Solsona hizo referencia a su primer contacto con el ambiente del Instituto «Goya», en el que ingresó en el cuarto curso:

«La primera clase que recibí fue desastrosamente mala para mí porque fue con Benjamín Temprano y Temprano que era la antítesis de la docencia, la antítesis del garbo y del arte de enseñar.»

A pesar de estos duros inicios, guardó un buen recuerdo de una experiencia que «a lo largo de estos años ha fundamentado en buena parte mi vida, y en muchas de las cosas que he escrito he tenido en cuenta el Instituto “Goya”. La excelente docencia del centro se reflejaba «naturalmente en más de un profesor», aunque

«la mejor enseñanza era ver a don Vicente Tena, curiosamente profesor de Griego, cuando terminaba la clase, ponerse el manteo para bajar las escaleras del

.....  
<sup>1</sup> Transcripción, selección y redacción a cargo de Luis G. Martínez del Campo y Francisco Javier Ramón Solans.

“Goya”, era una lección de pura elegancia griega, era la Grecia misma. Aquello nos gustaba mucho a los estudiantes de entonces y, sobre todo, ciertas actitudes de los profesores, como era la actitud divertida y humorística de don Arturo Romaní. Generalmente, cuando se habla de docencia nunca se cita a los profesores de lenguas y, en casi ningún sitio, leo alabanzas a ellos. Pero, Arturo Romaní era un profesor que llamaba la atención. Cuando hace poco escribí el libro *Nuestros maestros* para significar los docentes que mi generación había tenido en Medicina, hablé lógicamente de dos profesores del “Goya”: don Eugenio Frutos, quien también fue mi profesor de Psicología médica y don Arturo Romaní, quien lo fue de Inglés. Entonces, la asignatura de Lengua era de un solo curso, pero ambos nos cuidaron muy bien, nos protegieron y nos animaron mucho a los alumnos del “Goya” que cursábamos dichas materias. Desde luego, es otro motivo más de reconocimiento y agradecimiento.»

Tras reconocer la labor divulgativa de Manuel Alvar, quien «ha sido el mejor propagandista del Instituto “Goya”, a través de su libro el *Envés de la hoja*, continuó con la descripción del equipo docente de la época:

«El profesorado en el “Goya” era excepcional, destacando entre ellos dos sordos, hoy los llamaríamos hipoacúsicos, con lo que habrían perdido buena parte de su magia y de eficacia, pero con muy buena voz para la docencia: José Manuel Bleuca, catedrático de Lengua y Literatura, y Eugenio Frutos Cortés, catedrático de Filosofía recalado en Zaragoza en 1942, procedente de los institutos de enseñanzas medias de varias ciudades: Manresa, Cáceres y del Instituto “Menéndez Pelayo” de Barcelona. Con gran aureola de precocidad, Bleuca, quien había nacido en Alcolea de Cinca el 10 de enero de 1913, fue muy pronto (a los 21 años) catedrático de Instituto en la provincia de Almería. Por cierto, es protagonista de las mejores anécdotas de un libro que preparo con título *Anecdotario académico docente médico aragonés*: Al inicio de la guerra incivil tuvieron que acudir a la caja de reclutamiento en el pozo de San Lázaro todos los ciudadanos varones que hubieran cumplido los 21 años. En una de las filas establecidas, donde un sargento provisto de una máquina de escribir hacía la afiliación y señalaba el destino a los que guardaban cola, se colocaron tres amigos: los doctores Vicente Peg, quien sería excelente bioquímico; Luis Pérez Serrano, quien, años más tarde, fue traumatólogo y propietario de la mejor biblioteca que ha habido sobre Goya, y don José Manuel Bleuca. Pasó este último el primero y se estableció entre el sargento y el recluta el siguiente diálogo que podía escucharse bien, con la voz, alta. De por sí, del escribiente incrementada en bastantes decibelios por la manifiesta sordera del recluta: “Apellidos y nombres”, “Bleuca Teijeiro, José Manuel”, profesión, catedrático de Literatura, sabe leer y escribir, si sé, pues a Sanidad.»

Luego pasó a hablar de Eugenio Frutos quien fue

«buen profesor de Filosofía, excelente escritor, exquisito poeta, muy querido al igual que Bleuca por los estudiantes. Dos alumnos suyos fueron pronto catedráticos de las universidades de Oviedo, Gustavo Bueno, y de Costa Rica, Constan-

tino Láscaris. Era autor de un excelente manual en tres tomos que, como el de otros profesores del “Goya”, alcanzó muchas ediciones.»

Asimismo, también destacó a

«Benigno Baratech, que no fue profesor de mi promoción, y José Esteban Ciriquián, que sí lo fue, eran ambos autores de un excelente tratado de Matemáticas de un tomo. La Física y Química corría a cargo de Emilio Moreno Alcañiz, de gran competencia como los anteriores, autor de libros sobre su materia, los cuales eran muy vendidos tanto en Zaragoza como en España. También escribió un precioso librito *El Universo y el átomo*, que se nos regalaba a final de curso. Mi afición a la Física y las radiaciones provienen de aquel libro, tan barato y tan manejable. Fue también profesor de la Facultad de Ciencias y fue un magnífico cronista taurino con el seudónimo “Polvorita”. Benjamín Temprano era un profesor muy duro que escondía así su falta de afición y garbo docentes. Don Vicente Tena era nuestro profesor de Griego y también en sexto curso de Latín, así como vicario general del Arzobispado de Zaragoza. Nacido en La Muela, gozaba de gran consideración en todos los medios intelectuales de la ciudad y acaso era el eclesiástico mejor considerado en las esferas intelectuales del pensamiento contrario. Verle colocarse el manteo para salir a la calle tras la clase impartida era la mejor lección de elegancia y de cultura helénica, este breve acto era Grecia misma. Anselmo Gascón de Gotor fue profesor de Geografía e Historia, con mejor preparación en esta última y con una vocación irresistible hacia la figura de Fernando el Católico. Cuando no andábamos bien preparados para ser preguntados en clase y llegaba don Anselmo pronto, le instábamos a que hablara de Fernando el Católico, y él en su fuero interno decía para sí, “pues a bodas me convidáis”, y se olvidaba de preguntar. No siempre era puntual, más bien casi nunca, se entretenía hablando con los bedeles mientras nosotros repasábamos algunas de sus posibles preguntas. En resumen, la clase en vez de empezar a las 11:35 empezaba a las 12:10 y a las 12:20 la daba por terminada con su conocida frase “ya que no hemos sido puntuales al entrar, seamos puntuales para salir”. Todos guardámos muy buen recuerdo de él porque nos enseñó a amar Aragón y a desterrar tópicos y vaguedades de nuestras mentes. El estreno de la película *Agustina de Aragón*, protagonizada por una actriz guapilla pero mediocre, y algunas cosas que dijo sobre Aragón, nos irritaron a los estudiantes de quinto. Don Anselmo supo canalizar esta energía para encauzarla en el debido camino de verdadero amor a Aragón. Lección muy eficaz para todos. Arturo Romaní, nuestro profesor de Inglés, fue querido y respetado tanto en el Instituto como en la Facultad de Medicina, donde también era profesor de la lengua de Shakespeare (hago de él una semblanza en mi libro *Nuestros maestros*). A los antiguos alumnos del “Goya” nos trató muy bien en la Facultad de Medicina. Fue hombre con fino sentido del humor y con el prestigio de haber trabajado en un banco en Londres que era garantía de su buen conocimiento del Inglés, acompañado de unas condiciones didácticas formidables. No cursé ningún año con don Carlos Albiñana en la asignatura de Francés. El Instituto disponía como profesor de Italiano a don Ildelfonso Grande, quien también lo era de Francés y que además ejercía como jefe de estudios. Su condición de traductor le permitió un sobre-

suelo traduciendo a Pirandello. También por su afición al teatro, montaba representaciones de Calderón, sobre todo *La Vida es sueño* en su versión de auto sacramental. Seleccionaba para los papeles a los alumnos de mejores calificaciones, que si bien podíamos tener capacidad para aprender pronto el texto, podíamos carecer de gracia teatral. Este era mi caso. A pesar de la propaganda, sólo había en mi curso un alumno de Alemán, por lo que poco sé de esa materia curricular. Se elegía entre Alemán y Francés así como entre Alemán e Inglés y entre Francés e Italiano. El profesor de Dibujo, Leopoldo Romo, el último desaparecido de aquel brillante cuadro profesoral, era hombre comprensivo y le interesaba sacar partido de las condiciones de cada uno de nosotros. Vista mi nulidad manual desistió de que yo aprendiese Dibujo. Tuvo el acierto de encomendarme, para que yo me entretuviera en algo durante el horario de clase, libros-atlas de diferentes maestros del dibujo universal. Así, mientras mis compañeros apuraban sus condiciones, yo me afanaba en aprender las esencias de Rembrandt, Durero, Goya, Ingres y otros maestros del dibujo y del grabado. Sin duda, mi afición por la historia de la pintura arranca de aquellas lecturas.»

Tras este repaso por el cuerpo docente del Instituto «Goya» en el 1948-1952, Fernando Solsona concluía diciendo que:

«Con este profesorado, mi generación, y las que me precedieron y antecedieron, recibimos una formación que nos dio seguridad. Sin duda, a este profesorado le debemos mucho de nuestros éxitos profesionales. Yo propongo elaborar un listado si no de todos los alumnos, sí de los más destacados para comprobar la fortuna de haber sido alumnos del viejo Instituto de la Magdalena.»

AGUSTÍN UBIETO (historiador, profesor de Didáctica de las Ciencias Sociales y exdirector del Instituto de Ciencias de la Educación):

Empezó advirtiendo que Fernando Solsona le había ahorrado el trabajo de describir a los profesores ya que eran los mismos que él había tenido. Por ello, planteó su intervención

«desde la reflexión de una persona que se va haciendo mayor, ¿qué quedó de mi paso por el Instituto “Goya”? Posiblemente, allí estuve más años que todos los que están aquí. No porque me suspendieran, que me suspendieron, sino porque yo fui a la preparatoria. A los 8 años y medio mis padres me echaron de casa del pueblo y me trajeron a la preparatoria con don Inocencio. ¿Qué cosas han repercutido en mí por pasar por el Instituto? Primero, a reprimir mis instintos criminales, que los tengo como cualquier persona. No maté a mi hermano, pero me lo hubiera cargado porque él es el que hizo que, después de ponerme aprobado en el libro de calificación escolar, Bleuca me suspendiera para septiembre.»

Tras esta anécdota, señaló que en el Instituto descubrió su vocación:

«Supe muy pronto lo que quería ser de mayor. Yo quiero ser como ese profesor. Ese profesor tiene un busto en el despacho del rector de la Universidad, en la actualidad. Y yo siempre le digo que si alguna vez te desaparece, no llames

a la policía, id a mi casa. Es una de las tres personas, junto con mi hermano y un catedrático de Veterinaria, que más han influido en mi vida. Ya os podéis imaginar quién es. En mi despacho de la Universidad, conservo una redacción corregida con “muy bien, el mejor”. ¡Jolín! Y eso firmado por quien no hace falta que diga [José Manuel Blecua]. Yo quise ser desde ese momento como era ese señor.»

Asimismo, realizó una pequeña comparativa entre la situación actual de la educación y la que le tocó vivir:

«Por otro lado, he aprendido también que cualquier tiempo pasado no fue peor. Se está hablando del segundo idioma. Nosotros hablábamos francés en clase con el señor Albiñana. Aprendí a hablar francés y cuando yo vivía en Jaca hablaba francés. Así que cualquier tiempo pasado, jóvenes, no fue peor. Entonces era normal. Por otra parte, yo aprendí a construir un discurso, que sabía que luego me iba a ir bien para esa vocación que me había nacido. Quien me enseñó a exponer las ideas de manera ordenada era el profesor Frutos. Eso todavía lo mejoré cuando llegué a la Facultad y un profesor de Geografía me enseñó cómo se hacía un guión. Aquello me impactó y he procurado siempre que mis alumnos recibieran lo poco o mucho que les tenía que transmitir de manera ordenada, lo cual facilita el aprendizaje.»

A pesar de ello, no todo eran buenos recuerdos. Así, señaló lo siguiente:

«Viví en directo el descrédito, lo que yo jamás querría ser. En estos casos, jamás diré el nombre. (...) ¿Cómo se pueden hacer mapas de España poniendo en vez de Barcelona Kubala y en vez de Madrid, Di Stéfano, y ponerle sobresaliente? Yo no puedo ser así, eso es imposible. He vivido y sé lo que es el terror. Y cómo mis compañeros se han hecho físicamente en clase aquello que no quiero nombrar por miedo. Yo no puedo ser así. Como podéis observar me ha marcado bastante.»

También hubo cosas buenas. Entre ellas, destacó la renovación que supuso para el Instituto la llegada de una nueva profesora, Ángela. Además, subrayó la importancia del colectivo:

«Sé lo que hace la fuerza de un grupo. Los alumnos de mi tiempo nos hicimos literalmente dueños del Instituto. No íbamos a los estudios porque teníamos entrenamientos. Y sin un mal campo, nos hicimos campeones de atletismo, de fútbol, de balonmano, etc. Eso me permitió, curiosamente, conocer a nuestro rey actual. Y me permitió aprender que la sinceridad baturra puede ser un gran inconveniente. En el último año, cuando tenía que hacer el examen de ingreso en la universidad, el profesor de formación del espíritu nacional fue preguntando a todos sin que nadie supiera la respuesta y, al final, sólo quedábamos tres: Cipriano Gimeno, Fernando Avenia y yo. Éramos su último recurso. Y entonces el profesor me preguntó y yo respondí que no había estudiado. “Y eso, ¿cómo puede ser?”, dijo el profesor. Y le respondí: “porque hay asignaturas más importantes que ésta”. No se puede ser sincero. He aprendido que la verdad debe decirse con matices. Me contestó: “usted vendrá para septiembre». Yo avisé en

casa y ¿sabéis qué me salvó? Pues me apunté a atletismo y gané el salto de longitud, batiendo el record de Aragón. Así, ¿cómo iba a suspender al héroe del Instituto? Además, me felicitó un cadete que estaba presenciando las pruebas y que resultó ser el actual monarca. Años después, en una de mis visitas al palacio de la Zarzuela, le pregunté si recordaba aquellos saltos y él me dijo que sí.»

Finalmente, concluyó señalando que:

«Todo eso me ha dado a mí el Instituto “Goya” y otras cosas que por prudencia creo que no debo contar. También supe a quién no me quería parecer, pero esto me lo callaré.»

FRANCISCO POLO (licenciado en Derecho, abogado laboralista y exconcejal del PTA)

Comenzó su testimonio señalando las particularidades de su paso por el Instituto «Goya»:

«Curiosamente, yo soy un producto raro porque empecé en la antigua Magdalena, estrené la nueva sede de este instituto y le hicimos el boicot a Franco cuando vino a inaugurarlo. En el año 56, la antigua Universidad literaria, que luego fue Facultad de Ciencias, se había transformado en el único instituto masculino que existía en Aragón, quitando los de Calatayud, Huesca y Teruel. La causa de esto fue la existencia de una íntima relación entre el inspector de Educación, señor Fernández Aguilar, y el Arzobispado. Que, en aquel momento acababa de inaugurar el colegio Santo Domingo de Silos, que se convirtió en la mayor granja-escuela-colegio que existía en toda España. Entonces, el señor Fernández Aguilar mandaba sistemáticamente informes al Ministerio diciendo que no hacían falta más institutos en Zaragoza.»

Dicho esto, pasó a describir el ambiente en el Instituto:

«Era un sitio absolutamente privilegiado, porque estábamos veinticinco alumnos por curso y teníamos a todos los catedráticos que ya han señalado los anteriores ponentes. Teníamos a Ildelfonso Manuel Gil, a Mariano Navarro y a su esposa; a Albiñana con su hija, y a algunos más que eran pedagogos excepcionales. Hasta el más bruto del Instituto acababa sabiendo.»

Tras ello, también destacó el buen manejo de los idiomas que se adquiría en el Instituto:

«Recuerdo que cuando acabé el bachillerato, leíamos naturalmente en latín y en griego con don Vicente Tena y Don Benjamín Temprano. Con Albiñana, hablábamos y leíamos en francés. Es decir, acabé el bachillerato de letras, sabiendo cuatro lenguas, dos muertas y dos vivas. Es un momento de transición porque ya no existía alemán ni italiano. El fascismo se empezaba a borrar y desaparecía en cosas tan anecdóticas como la existencia de las cátedras de Alemán y de Italiano.»

Continuó describiendo la fisionomía del Instituto y cómo ésta condicionaba las clases y el funcionamiento del mismo:

«En el viejo edificio de la Magdalena no había ningún sitio para hacer deporte, tan solo un patio con unas piedras puestas de canto al estilo altoaragonés, donde se hacía gimnasia con el profesor de Formación del Espíritu Nacional. Cuando te castigaban, te ponían de rodillas encima de unas piedras “muy bonitas”, como si fuera una especie de antiguo castigo medieval. No existía, insisto, sitio para hacer deporte y entonces, jugábamos en la calle Alonso V y en la orilla del Ebro, donde corríamos. Y a la ronda a hacer ejercicios.»

Pasó a relatar el derrumbe del antiguo edificio y la construcción del nuevo en otro emplazamiento:

«El hundimiento del Instituto se produjo estando en clase de Dibujo con una profesora ayudante del señor Romo y tuvieron que venir los bomberos a rescatarnos. Nos quedamos aislados. Como consecuencia de ello, durante seis o siete meses hubo un *impasse* en el que no se sabía qué hacer. Y a toda velocidad encontraron la huerta del toro o el mesón del toro. Lo derribaron y entre la zanja donde estaba el ferrocarril y el río Huerva construyeron rápidamente este Instituto en un sitio medio aislado. No existían más que las cuatro paredes del Instituto y las clases iniciales. No había absolutamente nada más. No había ni vallas, es decir, podías entrar en el Instituto por cualquier sitio y salir. Salíamos tanto que implantaron un cuaderno de sanciones. Te daban diez puntos y por cada vez que te cogieran fuera te quitaban uno. Venían dos ilustres profesores con unas tijeras y públicamente te los iban cortando delante de todos. Yo logré quedarme con dos puntos en el último curso, pero alguno se quedó sin ninguno, como, por ejemplo, quien es el actual presidente de Telefónica.»

Después de esta descripción, hizo un balance de la formación que recibió en el «Goya»:

«El nivel de formación y de autoformación así como el hecho de aprender a estudiar y hacerlo de manera sistemática fue tal que cuando entramos en la Facultad de Derecho, todas las matrículas de honor en las asignaturas del primer año se repartieron entre los once alumnos provenientes del “Goya”. (...) Este instituto se caracterizaba por ser un oasis, yo diría que laico, dentro de la sociedad zaragozana. Insisto, el resto de colegios excepto el de los Labordeta y dos o tres academias privadas eran religiosos. Luego estaba una especie de espíritu que flotaba de la formación de todos aquellos profesores como Eugenio Frutos, que vino aquí desterrado, o Mariano Navarro, que vino también desterrado el último año que estuve yo. Es decir, esto era un sitio al que venían catedráticos brillantes que se les echaba de Madrid y de Barcelona, pues como solo había un instituto era un lugar para que se perdiesen. Como contrapartida hacían que el alumnado tuviera unos niveles excelentes.»

Sobre la disciplina en el Instituto señaló que

«Hablabais antes de que algún profesor hacía temblar a los alumnos. Yo puedo contar una anécdota curiosa: ese profesor hacía exámenes orales sacándote a

la pizarra y sacó a un compañero para preguntarle. El alumno le respondió: “Don José, yo de esto no sé nada” y la contestación que se hizo célebre fue “usted es sincero, pero sin cero no se queda”. Pero eso no era una situación agresiva para nosotros era una muestra, aunque paternalista, del interés porque aprendiéramos. Casi todos exigían mucho, pero no por quedar bien, sino porque consideraban que era necesario que la poca gente que estudiaba en el Instituto tuviésemos unos altos niveles de formación no sólo académicos, sino personales.»

También recordó la posibilidad de realizar actividades reivindicativas en el seno del Instituto:

«Hubo incluso una huelga para juntarnos con el “Servet”, porque había uno de chicos y otro de chicas. En nuestro último curso hubo una huelga para que hubiera un instituto mixto lo que se logró varios años después. También realizamos la primera huelga de institutos en el año 1957 al producirse unas detenciones de alumnos de la Facultad de Medicina de la Universidad de Barcelona. La huelga de los alumnos fue de unas horas y los profesores no le dieron mucha importancia. Es decir, era un sitio de libertad en una sociedad con un plan de estabilización, despidos, migraciones...»

En cuanto a los alumnos, señaló que:

«se estaban formando los que serían los dirigentes del futuro. Al acabar la carrera, todos estábamos trabajando, también era una situación distinta, sobre todo porque en este Instituto habíamos aprendido a adecuar las posibilidades reales de tu trabajo con lo que a ti te gustaba y no a lo que te obligaban y, además, porque nos dieron unas técnicas y unos métodos para poder rápidamente colocarte en la sociedad civil.»

JOSÉ ANTONIO GÁMEZ (paleontólogo de la Universidad de Valencia)

Su intervención comenzó rememorando su ingreso en el «Goya»:

«Yo entré en este Instituto en el año 1978, procedente de una de las secciones del “Goya”, de un colegio de barrio, de Torrero, el colegio “San Antonio de Padua”. Los recuerdos que tengo del “Goya” son imborrables. El primer momento en el que me di cuenta que mi formación había sido buena fue en el primer año de licenciatura. Distintos profesores, sobre todo de materias “hueso”, me decían “se nota que tú eres del ‘Goya’”. En seguida nos calaban. Uno se ponía un poco hueco y comprendía que esos cuatro años en los que nos habían dispensado dureza y disciplina valieron la pena.»

Explicó cómo su estancia en el «Goya» determinó su futuro profesional y, como lo habían hecho los anteriores ponentes, destacó la importancia de los idiomas entre las enseñanzas que se impartían en el centro:

«Yo estudié Ciencias Geológicas en la Universidad de Zaragoza. En el primer curso del “Goya”, me decidí ya por esa carrera gracias a la profesora de Ciencias Naturales, después en tercero me reafirme y en COU no me quedó ninguna duda. Fue una línea en la que fui penetrando y no me arrepiento en absoluto. Me ale-



gro mucho de que nos hicieran estudiar el Latín obligatorio, el cual es muy útil si te dedicas a la Paleontología. El Griego no era obligatorio, no lo cogí como optativo y la verdad es que lo he echado de menos. Como nos decían en aquella sección tercera, con el Latín y el Griego se puede entender cualquier idioma. El francés que nos dio la profesora Pardo era de un nivel estupendo ya que, a pesar de estar años sin practicarlo, en el momento en el que lo he tenido que recuperar, tengo un buen nivel de gramática. Dicen que si los idiomas no se practican se olvidan, pero cuando la base es buena es fácil recuperarlo. Aquí tuve la posibilidad de apuntarme un año de doble idioma, alemán con la profesora Goicoechea, hija del ingeniero del TALGO. Me resultó muy útil, ya que si haces Geología estás obligado a saber alemán, pues en este país la Geología ha estado dominada por los alemanes durante una buena parte del siglo XX. Cuando me decidí a introducirme en el alemán, no me costó dar el primer paso, porque ya lo había dado.»

En cuanto a los compañeros, señaló:

«En la Facultad de Geológicas, me he encontrado con muchos alumnos del “Goya”, a quienes no había conocido por ser más mayores o jóvenes. Quiero citar a algunos de ellos que ahora son profesores en universidades de toda España: Ignacio Valenzuela, César Laplana y otros muchos. En la universidad he podido coincidir con Agustín Ubieto en proyectos tan interesantes como el de la Universidad de la experiencia.»

También recordó la agitación política de aquellos años y subrayó el ambiente de libertad del Instituto:

«Recuerdo que en el año de 1978, en el primer curso de BUP, hicimos una huelga y que participamos en alguna manifestación. Recuerdo una que hubo en la vía Ibérica, delante de la sede del Ministerio de Educación y Ciencia, coincidiendo con la Revolución en Irán. En las clases se hablaba del Ayatolá. Era una sensación de libertad, no sé si bien empleada, pero de libertad. En el “Goya”, uno encontraba profesores de todas las ideologías y, además, no lo ocultaban, pero tampoco te adoctrinaban. Era una cosa interesante ver distintos profesionales de la docencia con diferentes ideologías. Además, del “Goya” he sacado amigos que serán para siempre.»

Al terminar la intervención, Carlos Forcadell habló sobre las actas del primer congreso y reflexionó sobre la distinción entre la elaboración del conocimiento y la memoria. Señaló que hay que estimular el desarrollo de estudios sobre la educación media, porque:

«eso que podemos llamar historia, ciertamente mejora la memoria. De la misma manera que el recuerdo mejora el conocimiento del pasado. Pensaba en una anécdota relacionada con Jesús Alda Tesán, profesor del que tenía cierta idea porque fui su alumno. Al leer lo que escribe Arturo Ansón sobre el Instituto, mi memoria se ha enriquecido ya que no sabía que era amigo de Miguel Hernández, cosa que él no podía decir en la década de los sesenta. Ya escribió Séneca en una frase contundente, “una cosa es recordar y otra cosa es saber”».